



Propietario: D. MIGUEL GUILLOTO DEMOUCHE.

Director: José Rodríguez Fernández.

Administración: Sagasta, 31, pral.

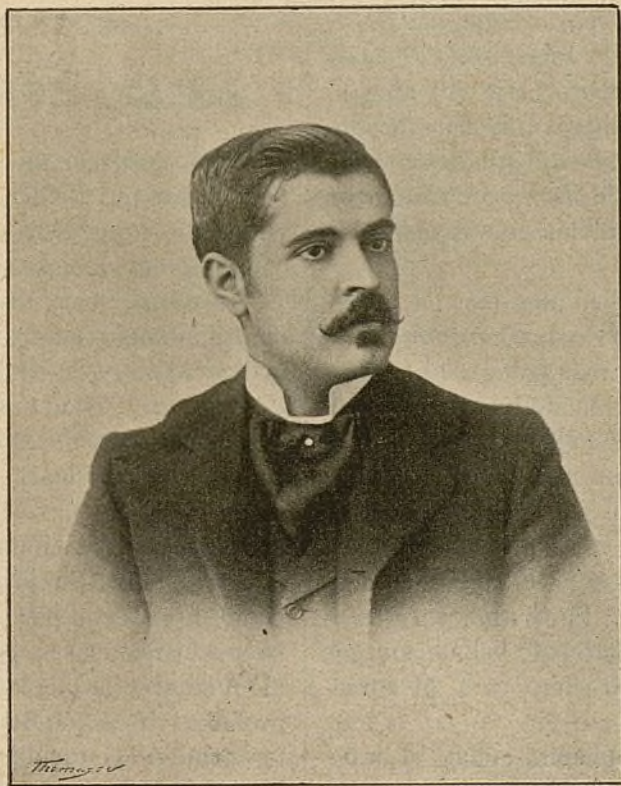
Toda la correspondencia literaria al Director, Sagasta, 31, principal.
No se devuelven los originales que se nos remitan.

Suscripción. { En Cádiz, un mes. Ptas. 1
Fuera de Cádiz, trimestre. . . » 3
Número suelto, 30 céntos.—Atrasado, 40 céntos.

Se publica los días 10, 20 y 30 de cada mes.



COMPOSITORES SEVILLANOS



El maestro Emilio López del Toro.

VELADAS TEATRALES.

EN EL PRINCIPAL

BENEFICIO DE CARMEN COBEÑA Y DESPEDIDA DE LA COMPAÑÍA.

Como tanto gustó la María Guerrero en *El vergonzoso en Palacio*, única obra que representó en Cádiz, por causas de todos conocidas, y como se ha apreciado mucho en esta población el trabajo de la Srta. Cobeña, fué numerosísimo, hasta no poder caber más en el teatro, el público que asistió al Principal para refrescar aquellos recuerdos de fastos escénicos, y para aplaudir en la misma obra con que aquella debutó, á la que en la noche del 11 del actual eligió la segunda para su despedida de Cádiz.

Quisiéramos disponer de más tiempo y de más fácil pluma, para decir en letras de molde, cuánto nos impresionaron el trabajo de la una y de la otra eminente actriz, establecer un paralelo de las dos maneras distintas como han encarnado ambas en la mujer soñada por Tirso, y con las lucideces del detenido análisis y el estudio y observación de los detalles, sacar en consecuencia que la Guerrero con aquel traje azul turquí, que nos parece estar viendo todavía sobre la ideal figura de que fué dotada por el Supremo Hacedor, y la Cobeña con el de tonos más delicados en artísticos conciertos sobre la gentil apostura que la misma mano asignó á la beneficiada, vencieron en toda línea las dificultades del papel de la enamorada de *D. Dionís*, y triunfaron por completo en la realización de sus sueños de artistas consumadas.

Si María Guerrero idealizó algo más el carácter de inocente desenvoltura de *Doña Magdalena*, Carmen Cobeña hizo más patente lo femenino, lo mujeril de la creación del maestro Tirso. Aquella aparecía sobre el fondo vaporoso de un cuadro pintado al óleo por mano tímida que no quiere marcar con exacto relieve los contornos; ésta surgió del indefinido de una acuarela de tonos más vigorosos y salientes dirigidos por un émulo del gran Fortuny. Pero ambos retratos son obras artísticas, igualmente bellas, sin que ocurrir pueda la comparación para menoscularlas.

El público, en suma, aplaudió mucho á la beneficiada y rió de lo lindo en las escenas culminantes, enviando al mismo tiempo á su antecesora el recuerdo inolvidable que dejó impreso en todos los que la vieron.

Hasta cinco veces salió al palco escénico á saludar al auditorio, en compañía de la Sra. Pa-

rejo y de los Sres. Cuevas, Valentín y demás intérpretes de la preciosa comedia.

El propósito de Blasco *Día completo*, fué para Carmen Cobeña *noche memorable* de ovaciones sin cuento.

Al presentarse en escena con una *toilette* elegantísima, paseándose por ella con singular *dominante*, ya se hizo dueña de la voluntad del público entero. ¡Y qué bien dijo todo el monólogo! Estuvo deliciosa, encantadora, verdaderamente adorable. Hizo alardes de actriz cómica de primer orden, de gracia en la escena, de fina desenvoltura, de singular estilo en el decir y en el accionar.

La ovación final fué indescriptible. El público la llamaba á escena con sus aplausos para *verla*, otra y otra vez más y para darle así el más cariñoso y elocuente de los adioses.

Le fueron entregados muchos ramos de flores y muchos regalos.

Su *camerino*, durante los intermedios de la comedia, estuvo favorecido por gran número de admiradores y por algunas señoras y señoritas que frecuentan la amistad de la eminente artista.

JOSÉ RODRÍGUEZ FERNÁNDEZ.

COMPOSITORES SEVILLANOS

EMILIO LÓPEZ DEL TORO

Trató de hacer un ensayo de sus fuerzas y su primer intento le llevó al éxito más lisonjero; volvió á ejercitar su inteligencia y el triunfo más completo vino á coronar sus esfuerzos.

Dos obras, pues, le conquistaron un nombre y una reputación, que para sí quisieran muchos de los que andan á vueltas con *semi-fusas*, *bemoles* y *corcheas*, y estas dos obras le abrieron paso, colocándolo en envidiable puesto entre la juventud artístico-musical.

Ni subió por favoritismo, ni debe agradecimientos á la adulación que la amistad mal entendida engendra. Su propio valer, su natural impulso, le llevaron por el camino de los aplausos, haciendo destacar su personalidad hasta el extremo de fijarse en ella la atención de inteligentes y profanos. Y es que Emilio López del Toro, se diferencia en los rasgos de su temperamento y en el carácter de sus producciones de todo lo rutinario, vulgar y manoseado, observándose mucho nuevo en sus ideas, gusto exquisito y habilidad grandísima para desarrollarlas, y perfecto conocimiento de lo que ejecuta.

Dentro de lo que da de sí el género *chico*, ha

hecho lo posible por apartarse del patrón cortado para ese género, imprimiendo á sus obras un sello especial, que determina personalidad propia, suficiencia y aptitud bastantes para optar al título indiscutible de maestro.

Se le tuvo por aficionado antes de conocerse su primera obra *La Criolla*, que le sirvió como de presentación oficial. Pero la primera noche en que al juicio público se entregó y expuso la prueba de lo que hacer podía, rectificóse el concepto y el aficionado se consideró como maestro.

El que como él había dominado desde el sencillo mecanismo que encerrar pueda un *tango*, hasta la complicada armonización de números fácilmente aplicables á obras de gran empeño, bien podía gozar de un honor que otros, sin justificación ninguna poseen.

La Criolla, pues, sirvió para alimentar una reputación justísima y dió relieve á un nuevo compositor con alientos bastantes para acometer empresas más difíciles; porque aunque la índole de la zarzuela cómica no deja, generalmente, amplitudes para que los maestros puedan desenvolverse, ni es posible hacerlo á veces, sin desvirtuar la labor del poeta, el que en marco tan reducido inicia pensamientos nuevos, tiene energías para expresar rigurosamente y ajustar sus inspiraciones á un depurado gusto artístico, ese encuentra fácil acceso á más elevadas regiones del arte y puede salvar las distancias sin temor á sufrir descalabro alguno.

No me extrañaría, por tanto, que López del Toro, en plazo no lejano, optara por mayor gloria una vez convencido de que sus aptitudes se lo permiten; y esto lo creo, porque conozco sus tendencias, sus inclinaciones, y he podido observar en las obras hasta ahora representadas, que su *fuerte* no es ciertamente la música regocijada ni cómica; prefiere las delicadezas de una melodía, la expresión tierna ó apasionada de un sentimiento, á las manifestaciones alegres que proporcionarle puedan situaciones dispuestas para ello.

En América, donde fué á cultivar sus aficiones, sin otro estímulo ni más aspiraciones que sus afanes y su amor al arte, consiguió á fuerza de constancia y de estudios imponerse en poco tiempo, haciéndose aplaudir y admirar de cuantos apreciar pudieran su labor meritísima.

Abrió Academia de música y á su alrededor formó un grupo de alumnos, que por su aprovechamiento, su enseñanza, llegaron á ser parte indispensable en conciertos, certámenes, y en toda fiesta bien organizada.

Así, por medió de su constancia, vencía todas las dificultades, dominando desde las ingratitu-

des del violín, á las delicadezas del piano, desde las dulzuras del mandolino, á las *asperezas* del violoncello.

Por eso he dicho ántes y repito ahora, que López del Toro no es, ni podrá ser un músico vulgar, adocenado, sin inventiva ni procedimientos; tiene ilustración, que es base principal para formarse juicio de lo que se trata de analizar; criterio claro para comprenderlo y lozana inspiración; y el que tan excelentes cualidades reúne, forzosamente tiene que sobresalir y hacerse notar donde quiera que se presente.

Acabada su campaña en América, después de saborear los éxitos más lisonjeros, y colmadas sus aspiraciones, que eran solo las de satisfacer un deseo de gloria, pues otros holgadamente poseen, regresó á España, y al poco tiempo probó fortuna, pasando de la piecésita de concierto á obras meditadas, de proporciones mayores, y en condiciones de demostrar lo que valer podía.

Y así como *La criolla* le dió título de maestro, y su otra obra *Nisperos del Japón*, consolidó su fama, por la brillantez con que está tratada aquella *romanza* de tiple, número saliente y hecho con todas las esquisiteces reveladoras del carácter del maestro, con las diez ú once que tiene dispuestas, aumentarán, seguramente, sus prestigios, colocándolo al lado de los maestros de mejor reputación.

¡Ah! Y conste que, aunque se llama López, no somos ni siquiera parientes lejanos.

Lo hago constar así, por si algún malicioso cree encontrar en mis palabras adulación, cuando son únicamente expresión sincera de un recto espíritu de justicia.

JOSÉ LÓPEZ POLLEDO.

SECCION NEUTRAL

Recibimos la siguiente carta del Sr. Marqués de Premio Real.

Sr. Director de la REVISTA TEATRAL.

Muy Sr. mío: Empresario de la Compañía de la Srta. Carmen Cobeña, desde su venida á Andalucía, (como es del dominio público), en los teatros de Sevilla, Jerez y ésta, donde terminó el día 10 próximo pasado, la serie de 30 funciones de abono, me interesa hoy manifestar que no solamente he dado cumplimiento á las condiciones estipuladas por cartas y telegramas (teniendo á disposición del público los firmados Cobeña), sino que accedí á *fortiori* á la alteración de los tipos del tanto por ciento establecido en nuestro convenio y á conceder á dicha primera actriz dos beneficios (no estipulados) en Sevilla y

Cádiz respectivamente; recibiendo en el primero una pequeña indemnización para gastos, y abonándolos yo en el último.

No obstante tan exajeradas alteraciones, que resolvieron á favor del Sr. Cobeña (empresario de la Compañía de su Sra. hija), la casi totalidad de las utilidades en una serie de 75 representaciones en Andalucía, dicho señor dió por terminado, sin advertírmelo, su compromiso conmigo, gestionando particularmente su vuelta al Teatro de San Fernando de Sevilla,—allegándose al efecto el concurso del eminente artista D. Emilio Mario—y prescindiendo del mío al acogerse á tan gloriosa bandera.

Como indicaciones del Sr. Mario en carta que insertó la prensa española, (que fueron para mi amistad órdenes) sirvieron á la compañía de la Srta. Cobeña de salvo-conducto por los teatros de Andalucía que yo exploto; puede extrañar á algunos mi separación de estos negocios en el momento de unírsele el prestigioso artista, y por tanto las refiero á la carta ya publicada que aquel señor me dirigiera en Septiembre próximo pasado y me permito transcribir el siguiente párrafo de la que con fecha 5 de los corrientes, me escribe desde Madrid. Dice así:

«Ignoraba qué hubiese usted dejado la empresa con la Srta. Cobeña, que me escribió *hace quince días*, rogándome me molestase en ir á Sevilla para hacer unas funciones, y *siento* cuanto usted me dice, *pero ya no puedo remediarlo*.»

Estas líneas del Sr. Mario son para mí, excesiva compensación de tal *incidente*, y al darlas al público (conocedor de su primitiva epístola), me propongo la doble satisfacción de dejar la seriedad y consecuencia del exclarecido actor en el buen lugar que merecen y patentizar mi crédito, á costa de tantos sacrificios sostenido, en los negocios teatrales.

Aprovecho esta oportunidad al dar á V. las mis expresivas gracias, de repetirme suyo afectísimo s. s. q. l. b. l. m.

EL MARQUÉS DE PREMIO REAL.

Teatro Principal de Cádiz, 12 Enero 98.

“FIVE O’CLOCK TEA”

Es indudablemente uno de los placeres más puros é inefables que puede experimentar el alma, el de poder admirar las bellezas de las obras de arte reflejadas ó ejecutadas por los mismos artistas que las han concebido, y sin necesidad de pasar por el tamiz de premios, de certámenes ó exposiciones, de catálogos y de orquestas, que

por buenos que sean nunca podrán tener la vibración potente de la fibra sensible que las ha dado á luz y que las ha vivido: y una vez sentado esto, es fácil comprender la impresión duradera que en el ánimo ha de dejar la audición de los valeses cuyo título encabeza estas modestas líneas; valeses que, como todo el mundo sabe, han obtenido premio en el reciente concurso celebrado por el Ateneo de Cádiz, ejecutados por su mismo autor D. José Rodríguez Fernández... ¿es que acaso el lector gaditano no lo conoce bajo estos tres sonoros nombres? Pues es Pepe Rodríguez, esa figura popular, querida e indispensable en Cádiz; porque hay nombres así, á los cuales el oropel de los diplomas honoríficos, de los títulos académicos, de las concejalías, de las más elevadas jerarquías en el escalafón social, no lograrían añadir un ápice de popularidad, ese tesoro inapreciable que no se sabe en qué consiste, pero cuya preciosa posesión muchas reconocidas eminencias y verdaderos monstruos de talento no han conseguido nunca.

Y es tanto más grata la impresión que la audición de dichos valeses nos deja en el espíritu, cuánto que es verdaderamente indispensable estar en el secreto, en la intimidad de la historia que los ha originado; porque de otra manera, el público profano que los oye de lejos, que no puede apreciar, reproducidas por su autor, las razones de las genialidades, de los contrasentidos, hasta de las crispantes disonancias que salpican la obra, pero que abundan en la introducción sobre todo, podría tomar por faltas lo que no obstante constituye el mérito mayor de una página de música descriptiva perfectamente realizada; como sucede, por ejemplo, con algún trino prolongado, que sacude los nervios, como también los sacude la vibración chillona del timbre eléctrico; como sucede con algunos golpes disonantes sin gradación de tono, casi brutales, que bien podrían ser aldabonazos impacientes, ó mejor aun, nerviosos golpes de abanico de nácar sobre dorada puerta tras de la cual se presiente el goce de la danza, del amor y de la galantería; como el trino anterior puede imitar muy bien el tintineo del timbre eléctrico con que el uniformado mozo del Casino Gaditano avisa la llegada de una familia invitada para que los muchachos de la comisión salgan á dar el brazo á las señoras.

Porque hay que advertir que en los artísticos salones de tan elegante círculo, ha tenido su origen la concepción de los valeses que nos ocupan; cosa que se comprende, si se agrega al ambiente de *confort* de aquellas lujosas estancias, la presencia del elemento femenino más elegante y

más hermoso de nuestra hermosa patria; la mujer gaditana, realzando con su encanto las brillantes *matinéas* que el año último se celebraron antes de Carnaval, por estos días precisamente en el dicho Casino, el autor de los vales, vivamente instigado para componerlos, por otro distinguido cronista de salones, aficionado al vals y al cotillón que dirige magistralmente, presintiendo la obra, no encontraba un título adecuado que pudiera inspirarle; y se quedó el proyecto estacionado hasta que el llamamiento del Ateneo para el último concurso, vino á romper el dique de la robusta inspiración que está llamada á producir mucho y muy bueno.

Por eso se comprenden ciertas genialidades, ciertas anomalías que en la introducción de la obra parecen á primera vista incomprensibles; por eso no sorprende el súbito prelude de rigodón, que rompiendo el compás entra como una tromba desbordada en la composición, con la energía y la fanfarronada de lo que sabe que ha de vivir poco, de la misma manera que se anuncia el primer rigodón en los bailes, sin que nadie haga caso, porque las elegantes, las estrellas, no se han mostrado todavía.

Después de esta licencia, se ve obligado el autor á valerse de un compás en *crescendo* de seis por ocho, para ir recuperando el ritmo primitivo, y sólo al final de esto es cuando da principio el verdadero vals, la verdadera melodía, sencilla, sin el menor artificio, de notas casi iguales en duración, desarrolladas en menos de una octava; una de esas melodías ingenuas, por decirlo así, inevitables, que se nos antoja se le ocurren á cualquiera al hacerse delante del espejo el nudo de la corbata, á cualquier niña de ocho años al recoser los trapos de su muñeca; cuando precisamente son las más difíciles por suponer una serenidad de espíritu, un perfecto equilibrio de pasiones muy raros en nuestros pobres días, de la misma manera que en la novela, en el teatro, en el lenguaje del orador que se dirige á abigarrada muchedumbre, será siempre lo más difícil expresarse en el diapason vulgar, con las palabras naturales que empleamos todos en la vida corriente en que nos parece mucho más fácil todo lo grandilocuente, todo lo sonoro que mantenga la falsedad de la tragedia cómica á que hemos ido ascendiendo.

Por el contrario, es la segunda parte de este primer tiempo de corte diametralmente opuesto á la primera; y sobria, estridente, de golpes secos en los bajos, es indudablemente la que más recuerda el compás admirable de los elegantes vales alemanes; y como recorrer todas las partes

de los que nos ocupan sería una tarea impropia, baste añadir que para que todo en ellos sea original y raro, basta el paso de la última parte á la coda, marca un sello especial; pues el joven autor, extraviado en la rapsodia de su fantasía, va subiendo, subiendo, en *crescendo*, ascendiente en progresión cromática, sin encontrar el primer tono, que es lo que va buscando, hasta que por casualidad se encuentra en el tono preciso del segundo tiempo de la primera parte, que es con el que rompe la coda, con una originalidad que no es corriente.

En suma, no se puede decir que el conjunto de la obra pertenezca á un género determinado, pues hay partes en ella de factura sobria, armónica y acompañada, que nos recuerdan el ritmo de las orquestas vienesas, arrebatando en su enervante torbellino un mundo de vieneses que valsan sobre el hielo, y partes complicadas, espirituales, recargadas de *fiuritures* y de filigranas que retratan el espíritu frívolo de las orquestas de *Mabilille*, donde los parisienses de pura raza cancanean sobre el fuego de los ojos de sus horizontales.

Lo que se puede asegurar es que son unos vales muy estimables y muy lindos, y que debemos mirarlos no como obra de una personalidad determinada, sino de todo Cádiz, pues no habrá en Cádiz seguramente, en todas las clases sociales, quien no conozca á su autor y quien no estime lo que vale su modestia; y porque sólo un vals eterno es la vida agitada del cronista de sociedad, un vals vertiginoso en que pasan á escape las figuras todas de una población, las mujeres de todas las edades, lo mismo jóvenes que viejas, lo mismo vírgenes que madres, unas por sus bellezas y sus encantos, otras por sus alhajas de brillantes; y los pollos almibarados, y los personajes respetables solamente en público.

Para Pepe Rodríguez, que tiene buen criterio, sería indudablemente mucho menos halagador oír decir á labios que pronuncian su nombre con afecto, que sus recientes vales *Five O'Clock Tea* son la última palabra del que ha producido mucho, que el oírse *jalear*, diciéndole que por el contrario, son el primer esbozo del que puede producir mucho y muy bueno; y sírvale de estímulo el aplauso con que Cádiz en general ha recibido sus inspiradas notas, aplauso debido en parte á la belleza de su obra, en parte á la simpatía que su modesto autor despierta, para que no sea esta la última vez que nos deleite, y para considerar que de la misma manera que en la primera parte de sus vales rompe la marcha de repente *L'invitation a la quadrille*, este primer

ensayo puede muy bien constituir en su carrera,
¡L'invitation à la Gloire!

JOSÉ L. LÓPEZ BARRIL.

Cádiz, Enero 98.



NOCHE DE ESTRENO.

Oculto en un rincón del escenario,
 con terrible ansiedad con mucho miedo
 el autor de la obra que se estrena,
 emocionado, trémulo,
 ni oye, ni entiende, ni se fija en nada,
 y aunque van los amigos á su encuentro
 y le dicen:—«¡No temas!... ¡No te apures,
 la obra tendrá un éxito!»...
 y aunque ya el empresario
 le ha querido abrazar ántes de tiempo
 y la «dama» le mira y se sonríe...
 él espera el momento
 en que el público, mónstruo formidable,
 dé su fallo, aplaudiendo.
 Cada bastón que rueda casualmente
 de una butaca al suelo,
 cada tós que se escucha
 estremece de miedo
 al «padre de la obra» que se agita
 y no sabe si huir, ó estarse quieto.

Baja el telón, resuenan
 atronadores más que nunca, enérgicos,
 los aplausos que llaman
 al autor del libreto...
 Y sobre el autor, que está en el Limbo,
 van, gozosos, cayendo,
 el tenor que lo agarra por un brazo,
 la tiple que le tira del chaleco,
 y unos chicos del coro
 que tratan de empujarlo hasta el proscenio...
 Después que los aplausos se concluyen
 y la ovación termina, aún sigue trémulo
 y medroso el autor, mas del letargo
 despierta al fin, oyendo
 al segundo traspunte que le dice:
 —¿Me dá usted dos pesetas, caballero?

M. FERNÁNDEZ MAYO.

ALICANTINAS.

AL SR. D. SANTIAGO CASANOVA Y PATRON
 En Puerto Real.

(Aceptando las GADITANAS que me ha dedicado.)

Canto las Alicantinas
 por ser coplas de mi tierra;
 pero son tus Gaditanas
 los cantares de un poeta.

Quien escribe *Gaditanas*
 y las siente como tú,
 vive en primavera eterna
 y en eterna juventud

Laureles para el poeta,
 aplausos para el artista,
 para el que entona cantares,
 un ¡olé! ¡viva tu niña!

Tú naciste *huerfanito*,
 aunque *vivian tus padres*.
 ¡Eres un cuerpo sin alma
 que no puede descifrarse!

Llegue mi adios al poeta
 que con tal primor se *canta*,
 ya que acepté complacida
 sus hermosas *Gaditanas*.

ISABEL MILEGO.

Enero de 1898.



Sr. Dir.^r de la REVISTA TEATRAL.

Muy pocas son las novedades de esta última
 decena en esta ciudad.

La que revistió mayor solemnidad ha sido la
 despedida de la eminente Darclée en el Gran Tea-
 tro del Liceo. Con la ópera *Manón* se despidió
 del público barcelonés.

Estuvo inspiradísima toda la noche, obtenien-
 do una continuada ovación.

Está ensayándose para ponerla pronto en es-
 cena, la ópera *Nerón*. Se espera con ansia su es-
 treno, que por lo que se dice, será un gran acon-
 tecimiento.

En el Teatro Novedades continúan *Los dos pi-
 lletes*, que el público no se cansa de aplaudir.

Las obras del gran Pitarra hacen el gasto en
 el Teatro Principal.

En el Teatro Romea se ha puesto en estudio
 el drama póstumo del inmortal José Feliu y Co-
 dina, *Lo Nuvi*

El día 6 del corriente cumplió el primer ani-
 versario de la muerte del joven crítico D. Juan
 Juñer y Vidal.

¡Descanse en paz el malogrado escritor!
 Hasta mi próxima, su amigo s. s.

CELESTINO TORRENS CASALS.

12-I-98.

Tipo-Litografía J. Benítez, Marqués del R. Tesoro, 8.

SERVICIOS DE LA COMPAÑÍA TRASATLÁNTICA

DE BARCELONA

Línea de las Antillas, New-York y Veracruz.—Combinación á puertos americanos del Atlántico y puertos N. y S. del Pacífico. Tres salidas mensuales; el 10 y 30 de Cádiz, y el 20 de Santander.

Línea de Filipinas.—Extensión á Ilo Ilo y Cebú y combinaciones al Golfo Pérsico, Costa Oriental de Africa, India, China, Conchinchina, Japón y Australia. Trece viajes anuales, saliendo de Barcelona cada cuatro Sábados á partir del 4 de Enero de 1896, y de Manila cada cuatro Jueves á partir del 23 de Enero de 1896.

Línea de Buenos Aires.—Seis viajes anuales para Montevideo y Buenos Aires, con escala en Santa Cruz de Tenerife, saliendo de Cádiz y efectuando ántes las escalas de Marsella, Barcelona y Málaga.

Línea de Fernando Poo.—Cuatro viajes al año para Fernando Poo, con escalas en Las Palmas, puertos de la Costa Occidental de Africa y Golfo de Guinea.

SERVICIOS DE AFRICA: *Línea de Marruecos.*—Un viaje mensual de Barcelona á Mogador con escalas en Melilla, Málaga, Ceuta, Cádiz, Tánger, Larache, Rabat, Casablanca y Mazagán.

Servicio de Tánger.—El vapor *Joaquín del Piélagos*, sale de Cádiz para Tánger, Algeciras y Gibraltar, los Lunes, Miércoles y Viernes; retornando á Cádiz los Martes, Jueves y Sábados.

Estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros á quienes la Compañía dá alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebajas á familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. Rebajas por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales para emigrantes de clase artesana ó jornalera con facultad de regresar gratis dentro de un año si no encuentran trabajo. La empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

Aviso importante.—La Compañía previene á los Sres. comerciantes, agricultores é industriales, que recibirá y encaminará á los destinos que los mismos designen, las muestras y notas de precios que con este objeto se le entreguen. Esta Compañía admite carga y expide pasajes para todos los puertos del mundo servidos por líneas regulares. Para más informes, en Cádiz, Delegación de la Compañía,

ISABEL LA CATÓLICA, 3.

— 12 —

dijera un secreto.) ¡era, desgraciado de mí, era... ¡mi mujer!!

Aun me parece que la estoy viendo; los ojos desencajados, las facciones contraídas, la boca entreabierta, el cabello en desorden, pálida de ira... las furias del infierno no han de tener aspecto más aterrador; mi pánico fué espantoso!... espantoso!, tanto, que no tuve valor para contestar una sola palabra á aquella tormenta de celos, acompañada de rayos y truenos, sacudidas y empujones que me hubieran hecho caer á sus piés pidiéndole perdón... si no me hubiese acordado del revolver—me pareció que lo tenía en la mano—y loco de miedo, eché á correr hasta refugiarme aquí, (Con tono más tranquilo.) aquí, donde me considero en salvo. ¡Loado sea Dios! Porque mi mujer, que tiene hecho juramento, por la gloria de todos sus difuntos, de no pisar el vestuario de un teatro, desde que se dieron sendas bofetadas ella y una característica, moza también de pelo en pecho, que le zurró lindamente la pavana.—Me parece que la estoy oyendo; levantó el dedo como San Juan y dijo: (Lo hace.) ¡Te juro por la gloria de todos mis muertos que, en lo que me queda de vida, no volverás á verme en ningún vestuario!

¡Bienaventurado juramento! ¡A ti te debo el sosiego de que disfruto este instante! (Estirando las piernas y tomando la actitud de una persona satisfecha.) ¡Qué delicia! ¡Qué bien se está en este cuartito lejos del mundo! Me parece mentira que después de tantos percances,



— 9 —

¿Eh? (Pausa, con tranquilidad.) ¡Ya... la tiple peleándose con el tenor: eso es otra cosa. Lo de todos los días. Estas primeras tiples... No hay quien pueda con ellas... Sigo mi cuento. (Hace por recordar.) El alumno... (Se lleva la mano detrás.) Si, todavía me duele. Mi perseguida, por fortuna, se había detenido durante estos episodios, hablando con otra señora. Cuado me vió en movimiento, continuó con breve paso; al echar yo á correr en su seguimiento, ¡zás!, puse el pié en una cáscara de naranja, con lo que patinando unos cuantos metros iba á pegar la más espantosa caída, si la Providencia, que hasta entonces me había abandonado á mi mala estrella, no me hubiese deparado como salvavida, á una señora muy gorda, que en defensa propia, me recibió amorosamente con los brazos abiertos, evitándome así la rotura de alguna parte de mi interesantísima persona. (Imitando voz de vieja.) ¡Qué brutalidad!—exclamó.— ¡Señora!—le dije—és que vengo huyendo de una vaca, que se ha escapado de la lechería de la esquina. ¡Sálvese Vd.! ¡Sálvese Vd.!—Al oír lo cual, mi salvadora quiso huir, pero tan aterrorizada, que vino con su cuerpo al suelo, mientras yo volvía á emprender mi carrera tan orondo aunque cojeando. Volvió mi dama duende la esquina, y al volverla yo en su seguimiento, recibí un golpe en la frente, que me dejó tambaleando y sin sentido. (Respondiendo á algo que le dicen de afuera.) ¿Eh? (Pausa.) Si, (Pausa) pronto estoy (Se acerca á su tocador y se pinta algo



Clichés.—Se venden los publicados en este periódico.—Dirijirse al Administrador de la «Revista Teatral», Sagasta 31.

Teatro en venta.—Se venden todos los enseres de un precioso teatro, muy propio para establecerlo en una casa particular, á precio muy módico. En la Redacción de éste periódico darán razón.

DISPONIBLE.

REVISTA TEATRAL,

LITERARIA, CIENTÍFICA, DE BELLAS ARTES Y ESPECTÁCULOS,
Premiada con GRAN MEDALLA DE ORO en la Exposición Partenopea Permanente de Nápoles.

Propietario: **DON MIGUEL GUILLOTO DEMOUCHE.**
 DIRECTOR, **JOSÉ RODRÍGUEZ FERNÁNDEZ.**

Publicase los días 10, 20 y 30 de cada mes.

— 10 —

la cara apresuradamente.) Cuando me repuse, vi en el suelo, una de esas grandes bandejas, que sirven para llevar los dulces de una parte á otra, y admirense Vdes., señores,—como me hubiera admirado yo, si hubiese tenido tiempo para admirarme de algo—enmedio de aquellos merengues, pasteles, etc., caídos al suelo, ¿qué creerán Vdes. que vi? Pues un enorme sombrero de teja de las dimensiones de los que gastan los D. Basilio de *El Barbero de Sevilla*. ¿Qué había pasado? Que al tropezar yo con el portador de la bandeja de dulces, ésta había caído sobre un clérigo de algún pueblecillo de la provincia, que debió llenarse de merengue, como él me llenó á mí de improperios. Pero ¿qué improperios!

Por cierto que apenas los oí, porque me atolló un golpe que tuvo la bondad de propinarme el expresado portador de la bandeja, que se preparó á darme un segundo, mientras el clérigo tartamudeaba, asiéndome por las solapas del chaquet, y sacudiéndome con fuerza pero con cristiana humildad. Ca...ca...balle... mi...mi...re... usted... co...como... me... ha... puesto.—Agotada mi paciencia y ciego ya de furor, levanté la mano, para dar una bofetada monumental al que tuviera más cerca, cuando recibí un espantoso golpe enmedio de la frente, que me llenó de sangre los ojos y la cara... digo, yo creí que era sangre, pero no lo era... no era más que el contenido de un huevo que me había lanzado no sé quién del grupo reunido á nuestro alrededor. Desesperado,

— 11 —

cerré los ojos, apreté las manos y empecé á dar puñadas á diestro y siniestro, á favor de lo cual pude romper el apretado círculo en que estaba metido, no sin recojer gran cosecha de insultos, empujones, golpes y puntapiés que acabaron por dejarme en el misero estado en que me ven Vdes.

(El actor deberá variar de tono manifestando más calma en la narración de lo que sigue, que relatará pausada y acentuadamente para llamar la atención de los espectadores á fin de graduar el movimiento declamatorio para obtener el mayor efecto cómico posible al decir «mi mujer».)

Cuando me hallé libre reconocí toda la calle, con ojos de lince, y... (Pausa.) nadie (Pausa.) ¡la hermosa desconocida había desaparecido! ¡Desventurado de mí! Mohino y cabizbajo, eché á andar maquinalmente, y apenas había dado algunos pasos, cuando me vi acometido de un modo brusco, por una mujer—no—por una harpía, que salió de improviso de un zaguán, y que, sujetándome por la solapa, me llamó vil, canalla, sinvergüenza, mal hombre, etc., etc., mientras me zamarreaba con una fuerza hercúlea y me propinaba una tremenda bofetada... ¿Y quién creen Vds. que era? ¡Sorpréndanse Vdes.! ¡era nada menos que la dama de mis sueños, el angel tras del cual había corrido tales aventuras; la mujer por quien había soportado trances tan amargos. (Pausa.) ¿Saben Vdes. quién era la tal dama? Pues... la tal dama... (Pausa y bajando la voz como si